Año XIV.-Núm. 33. MADRID.-Lunes 25 de Noviembre de 1895. N.° ordinario, 15 cénts.

REVISTA TAURINA ILUSTRADA

PRECIO PARA LA VENTA	PRECIO DE SUSCRIPCIÓN	NÚMEROS ATRASADOS
25 números ordinarios. . . . Ptas. 2,50	MADRID: trimestre. Ptas. 2,50	Ordinario. . . . . Ptas. 0,25
25 » extraordinarios. . » 5	PROVINCIAS: » . » 3	Extraordinario. . . . . » 0,50
	EXTRANJERO: año. . . » 15	

La correspondencia se dirigirá al Administrador: Calle del Arenal, 27.-Madrid. A toda suscripción acompáñese el importe en libranza ó sellos.

LOS PASES DE MULETA

La *muleta*, que como sab todos los aficionados al arte de torear, es una tela de la hechura de las capas sin esclavina, doblada por su mitad en forma de que, juntando sus dos puntas quede el mayor vuelo al lado más distante del brazo del matador, el cual la sujeta por la parte alta en un palo cuya extremidad tiene un pequeño punzón donde engancha por medio de un ojete, se llamó en lo antiguo, desde que la inventó Francisco Romero, *muletilla*; y en verdad que ambos nombres fueron bien aplicados, si se tiene en cuenta que en lo primitivo era de tan cortas dimensiones, que nunca excedían de una vara castellana en su mayor altura, y hoy alcanzan metro y medio, con temores de que se prolongue en mayor escala su longitud y latitud. *Muletilla* la llamó aquel célebre maestro, porque en verdad, el uso de tal artefacto denotó un arbitrio de su maña y habilidad, para que el toro siguiese más aquel objeto que le ponía cerca de la vista, que al cuerpo del hombre que la guiaba.

Muy importante es el uso de la muleta en el momento de dar muerte al toro; pero no lo es menos en la preparación del mismo antes de herirle, puesto que del buen manejo de la misma depende en gran parte el buen éxito de la suerte y la seguridad del diestro. Sin *pasar* bien de muleta al animal, pueden ocurrir desgracias al matador, que ante todo debe procurar con ella dominarle, para que, obedeciendo siempre al engaño, olvide resabios si los tiene, pierda ligereza y se cuadre con facilidad delante de su contrario. Hace cincuenta años no se conocían en la tauromaquia aparte de los cambios, más que dos clases de pases, que eran el regular ó natural y el de pecho; luego han venido tantas denominaciones, efecto sin duda del abuso del trapo rojo, que para evitar dudas, voy á consignar á continuación, con los comentarios que de su estudio se desprenden, según mi leal saber y entender, y muy lacónicamente, cuántos y cuáles son los que se llaman ahora pases de muleta.

Pase natural ó regular. Abierta la muleta ante la cara de la res, se deja que ésta la embista, y al llegar á ella, extiende el diestro el brazo, alejándole de sí hacia atrás en dirección circular, y si no se para ó se huye, sino que continúa persiguiéndola, se repite el giro primeramente iniciado, dos, tres ó más veces, conservando siempre el espada su terreno con el menor movimiento posible de pies, y consiguiendo de este modo que el *pase* sea y se llame en redondo, que es el mejor y más útil que tiene la tauromaquia; como que además de ser el más artístico, es de gran castigo para el toro, que describe un círculo con su cuerpo, siempre arqueado y fatigado por efecto de postura tan violenta.

Pases de pecho. Estos son más de defensa que de castigo. Consisten en dar salida al animal por el lado derecho del torero cuando esté parado; después del pase regular y estando perfilado con la res en sentido inverso al natural, es decir, con la cadera izquierda frente al testuz, le despide en su acometida, saca horizontal la muleta, y sin mover mucho los pies, *pasa* el toro empapado en la misma á tomar la situación necesaria para el pase natural.

Pase de telón. El nombre lo dice; gira de abajo arriba, sin ser como los altos regulares de cabeza á rabo, que son los recomendados para levantar la cabeza de los bichos, haciéndoles *pasar* á mejor terreno; sin embargo, pueden servir de algo si de ellos no se abusa.

Pases cambiados. Tienen muchísimo menos mérito que el que ahora les concede el público. Son, ni más ni menos que los de pecho desvirtuados, porque el lidiador, libre de cacho, ó lo que es igual, apartándose del embroque, tercia delante de la vista del toro el trapo, y con gran facilidad y aparentando valor, le hace *pasar* ante sí, cambiando los dos de sitio.

Pases de molinete. Estos pases, nuevos en tauromaquia, á nada conducen, como no sea á causar efecto en el público ignorante. Se intenta como el natural, y cuando el diestro ve que el toro entra en la suerte, se sale él á un costado y da una vuelta con el cuerpo, concluyendo en postura académica. Ni el toro sufre destronque, ni se le ahorma la cabeza, puesto que pierde de vista, antes de tiempo, el bulto que tuvo enfrente.

Pase de barredera. Por mucho que se aplauda no puede recibir el nombre de pase, porque no *pasa* el toro al terreno del diestro, sino que éste, contra todas las reglas del arte, retrocede perdiendo tierra para que el toro la gane, si bien consigue que el animal, sin verle, humille tal vez más de lo regular y cueste luego trabajo levantarle la cabeza. Empieza como el pase regular y girando la muleta por debajo del hocico del toro, arrastrándola en zigs zags, y encorvándose siempre todo espada que tenga mediana estatura. Es, pues, contra el arte y la estética, admisible únicamente *como recurso* para conseguir la humillación de un toro encampanado.

De *medios pases* no quiero hablar, porque la denominación indica que son aquellos que se intentaron dar y no se concluyeron; y en ese número incluyo los llamados de *pitón á pitón* y los de *abanico*, que no hacen más que aventar la cara de las reses, poner de manifiesto la intranquilidad del espada, y tal vez enseñar á aquéllas á que toreen al diestro, cambiando los papeles respectivos.

En resumen: no son pases de muleta más que los consumados para conseguir que el toro *pase* cerca del torero *sin perder éste su puesto;* y claro es que tendrán mayor mérito cuanto más clavados tenga los pies en tierra, confiando á los brazos toda la ejecución de la suerte.

Antes de ahora lo tengo dicho. Para evitar los resabios que traen los toros á la muerte, para componerles la cabeza, para hacerles humillar y para quitarles poder, es la muleta. Si se tapan, debe con ellos usarse el pase natural en redondo; si se ciernen en el engaño, empaparles de cerca, dándoles salida larga;

LA LIDIA

Estab. Tipolitográfico.

Perdonado por bravo.

J. Palacios. Arenal, 27.

si está muy humillado, pases naturales de testuz á rabo, y aun de telón alguna vez, y todo con la mano izquierda, á no ser que el animal esté en las tablas terciado ó marque más de una vez en sus acometidas, que se acuesta del lado izquierdo.

No hay defensa mejor para el diestro, que la muleta bien manejada.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA

BARTOLO I, el Dadivoso.

HASTA el presente momento histórico (kalendas bartolinas), sólo los reyes, los emperadores y algunos grandes personajes, han alcanzado la honra de pasar á la posteridad con sendos motes antonomásticos.

Cuando se dice «el Hermoso», ya se sabe que se alude á Felipe I de España ó á Felipe IV de Francia, que eran mucho más guapos que D. Bartolomé Muñoz.

En mentando á «el Hechizado», no hay que hablar; el álias se refiere á Carlos II, á quien los frailes habían *amermado*, lo mismo que Bartolo á las Comisiones organizadoras de las corridas del *Reina Regente* y de los Sanatorios.

Y no hay medio de sacar á colación á Fernando VII, sin adornar su augusto nombre con el rótulo «el Deseado», que es como calificará Bartolo cualquier beneficio que se celebre en la Plaza de Toros de Madrid, á favor de soldados heridos en la manigua, ó de marinos ahogados en el mar.

Ahora bien; ¿merece esa catástrofe en forma de empresario que rige los destinos del ruedo madrileño, el honor de pasar á la historia con su correspondiente mote? Creo firmemente que sí.

El pobre Casiano (q. e. p. d.), á quien pusimos como un trapo en tiempos de Lagartijo y de Frascuelo, se ha hecho inmortal por el famoso anuncio manuscrito «DE ORDEN DE LA IMPRESA NO AY SOL OY», que tuve el honor de hacer público en las columnas de *El Imparcial*, en aquella época de taurófilas reyertas.

Así como fuí el primero en denunciar los susodichos golletazos á la Ortografía y á la Sintaxis, quisiera también adjudicar á Bartolo el álias con que habrá de conocérsele en los anales del espectáculo nacional.

He estudiado el asunto con sumo detenimiento y pasado revista escrupulosa á la vida y milagros del héroe, sometiendo á la alta crítica sus hechos como autócrata de la Plaza de Toros de Madrid.

Diversos apodos han brotado espontáneamente al calor de mis profundas cuanto desinteresadas disquisiciones, que encontraban siempre inllenable vacío por la falta de árbol genealógico. ¡Si yo hubiese tenido el tronco! Pero tenía que contentarme con la limonera (es un decir), y reconstruir instintivamente todas las fuentes de conocimiento.

Después de árduas labores, y hasta de tocar la teoría de la generación espontánea, tan admirablemente destruida por Pasteur, mi elección ha fluctuado entre «Bartolo I, el Desahogado» y «Bartolo I, el Dadivoso».

Meditando un poco sobre la exactitud de ambos motes, he sacado en consecuencia que el primero carece de precisión, y deja campo abierto á multitud de actos heterogéneos, con sus reflejos correspondientes, mientras que el segundo es muy eufónico, posee cierta solemnidad, y expresa por modo claro y terminante la cualidad saliente de la persona.

Creo, por lo tanto, que participarán ustedes de mi opinión, y estarán conformes conmigo en que D. Bartolomé Muñoz pase al libro de oro de la historia, con el nombre de «Bartolo I, el Dadivoso».

Porque vengamos á cuentas: ¿no han cobrado *dos sueldos* los egregios profesores de la orquesta del Teatro Real, por degollar cordialmente el final primero de *Parsifal*, en la función á beneficio de la Asociación de la Prensa?

¿No se ha gastado la Srta. Guerrero *tres mil duros* en un traje, para regalar á los pobres *dos mil pesetas* de las *once mil* que se habían recaudado para ellos?

¿Y qué me dicen ustedes de las funciones de beneficencia que han dado por ahí, á voces solas, los *protegidos* del Sr. Marqués de Cabriñana, los incorruptibles, pulquérrimos é integérrimos ediles de la villa del oso y del chanchullo?

¡Cuán grande resulta nuestro amado Bartolo al lado de esos filántropos de marca menor! Porque ¿qué es lo que ha hecho en suma, en las dos inmortales corridas que han causado el asombro de Iberia entera? ¿Cobrar el *cincuenta por ciento?* ¡Valiente cosa!

Observen ustedes que los náufragos del *Reina Regente* habían pasado á mejor vida, y no podían disfrutar *per se* de los productos de la benéfica fiesta. ¿Trabajar para muertos? ¡Que trabaje el Nuncio! El muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Que un bollo de cuatro mil duros es un bollo superior, por sabido se calla; pero ¿qué culpa tiene el hombre de que le pongan el bollo en la boca? Se lo ha *jamado* y en paz.

¿Los Sanatorios? El primer deber del hombre es sanarse á sí mismo, y llevar una vida saneada para poder socorrer á sus semejantes.

Descrimarse por los muertos es *primaveral;* descrimarse por soldados heridos y enfermos de Cuba, es *veraniego*. Hay por ende un matiz que Bartolo ha señalado con finísimo ingenio, regalando *tres mil quinientas pesetas* á dichos soldados, mientras no donó ni un céntimo á los marinos del *Regente*.

Verdad es que este segundo bollo fué de otros cuatro mil duros *circum circa*, y que el Dadivoso justipreció en *mil setecientas cincuenta pesetas* un toro de Tabernero, que valdría escasamente *dos mil reales;* pero ¿cabe comparación entre ese traje del bicho y los tres mil duros del tocado de la Srta. Guerrero?

No le den ustedes vueltas; examinadas las circunstancias que nos rodean y el mefítico medio ambiente que libamos en Madrid, la conducta de Bartolo puede compararse con la de Vanderbit, en las bodas de su hija con un descendiente del general Mambrú.

Rehabilitémoslo (no á Mambrú, sino á Bartolo) ante los enfermizos ojos de la pública opinión; esos ojos oftálmicos que están pidiendo á lágrima viva un Galesowski ó un Wecker.

No; Bartolo no es, no puede ser un avaro. El trono de la Avaricia lo ocupa Rafael Guerra, desde que mandó *cinco mil pesetas* á las familias de los náufragos del *Reina Regente*. Sobre esto no cabe discusión.

La historia será imparcial y hará justicia al célebre torero y al empresario famoso. Y cuando, al correr de los tiempos, haga el Menéndez Pelayo del porvenir una crítica razonada del Reinado de Bartolo, y tropiece con las corridas del *Regente* y de los Sanatorios para soldados heridos y enfermos procedentes de la campaña de Cuba, la ira del D. Marcelino se saldrá de madre al estudiar la conducta de Guerrita, y el entusiasmo del historiador se desbordará al disecar los caritativos sentimientos del empresario.

—¡Muera Guerrita I, el avaro! —gritará el crítico, envolviendo en ese grito la indignación de toda una época.

Y allá, en los espacios impalpables do gira y rebulle el prólogo del *Mefistófeles* de Boito, se oirá un clamor celeste que, á los ecos de la marcha del *Profeta*, reinstrumentada por D. Jacinto Jimeno, murmurará en actitud extática:

—¡Viva Bartolo I, el Dadivoso!

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

Nuestro dibujo.

PERDONADO POR BRAVO

SEGURAMENTE que la fiesta de toros debe haber venido muy á menos, si hemos de atenernos á las referencias que de tiempos, no muy lejanos todavía, pero desconocidos para la generación relativamente joven del día, llegan hasta nosotros, dándonos cuenta de aquellos elementos excepcionales de que entonces podía disponerse, y de aquel desarrollo valeroso y artístico que, harto menguado, asomó hasta nuestra época, y que durante ella ha desaparecido por completo.

Mucho respeto nos merecen las autoridades, por conducto de las que podemos apreciar de una ojeada la diferencia entre lo viejo y lo nuevo, siempre como es de rigor, en favor de lo primero; pero saturados de ese ambiente de incredulidad y de duda, que es el distintivo del pensamiento moderno, en esto, como en tantas otras cosas, acude á la mente una máxima profundamente religiosa, y exclamamos con su autor, el gran padre de la Iglesia, San Agustín: *ver y creer*.

Y decimos esto, no con ánimo deliberado de rebajar el valimiento de lo antiguo ¡guárdenos Dios de tamaña irreverencia! sino de abogar á la vez por lo nuevo, que podrá ser, si á mano viene y en determinadas manifestaciones, peor que aquéllo, no lo discutimos, pero que en cambio, los moldes en que se vacía son infinitamente más ámplios, y las exigencias populares inmensamente mayores. Bien entendido, que nos concretamos en estas disquisiciones á uno de los dos principales factores ó componentes de nuestro especialísimo espectáculo; pues con respecto al otro, marchamos completamente de acuerdo con los que mantienen el lema poéticamente inmortalizado por Jorge Manrique:

cualquiera tiempo pasado
fué mejor.

Claramente se habrá comprendido que en lo primero nos referimos al lidiador, y en esto último al toro de lidia.

Dejando aparte por ahora al torero, que repito sería objeto de larga discusión el tema de si el de hoy está ó no á la misma altura que el de ayer, digamos algunas palabras de las reses bravas, para las que nos da ocasión el dibujo que ofrecemos en este número á nuestros abonados. Ligados íntimamente el toro y el torero, como base constitutiva de la fiesta, al desarrollarse la afición á ésta progresivamente, y aumentar en consecuencia el número de lidiadores, tuvo necesariamente que fomentarse la ganadería de lidia; pero esta misma circunstancia produjo efectos contrarios: pues mientras en los toreros despertó el estímulo consiguiente para escalar puesto de preferencia, en los ganaderos inició un negocio, seguro y saneado como hasta entonces no lo fuera, por virtud de la constante demanda que originaba la propagación de las corridas.

En este punto no hay más remedio que rendirse á la evidencia, y convenir en que el ganado que se jugaba en las corridas de toros que presenciaban nuestros padres y abuelos, tenía que reunir por necesidad más condiciones de bravura y nobleza que el que se corre en los presentes momentos, por esas Plazas y Circos que se levantan por toda la Península. Y es lógico: el número de redondeles y el de funciones, era muy limitado; escasos los criadores de ganado bravo, y expuesto el negocio, si el resultado no correspondía á los esfuerzos empleados.

Por esa razón, los ganaderos ponían mayor interés en la depuración de la raza; eran más escrupulosos en la aprobación de ejemplares, y anteponían la calidad á la cantidad, buscando por medio de la honra el provecho. Ahora, salvo tan contadas como meritorias excepciones, el caso es despachar carne, reuna ó no las condiciones necesarias para la lidia, y así se considere al dueño de una vacada más que como ganadero, como tratante. A ello ha contribuído no poco la preponderancia que han adquirido las novilladas, en las que, bajo la denominación ó clasificación de *desecho de tienta y cerrado*, entra todo lo malo, sin limitación alguna, saliendo á Plaza animalitos que debieran apuntillarse por entecos é inútiles, ó que no debieran haberse desuncido de una carreta por mansos. Como se ve, el negocio en esta forma no tiene quiebra, y está justificado el abandono que hoy preside en la cría de ganado bravo, fiando descansadamente á la casualidad el éxito que, al preocuparse de él, causaría muchos desvelos.

No hay más que consultar algunas reseñas de la fiesta de toros de las publicadas de veinte años atrás, para convencerse de lo que han degenerado las condiciones de bravura y pujanza de las reses. Menciónanse en ellas repetidos casos en que un bicho tomara, sin recelarse ni huirse al castigo durante el primer tercio, veinte y tantas varas, dejando tendidos en la arena ocho ó diez caballos, lo cual ya demuestra una resistencia y codicia extraordinarias; y también recordamos haber visto consignado el ocurrido en Málaga con un toro de la ganadería de Lesaca, que llegó á tomar cuarenta y tantas varas y mató veinte caballos. ¡Qué diferencia con lo que hoy sucede; que el bicho que acepta más de media docena de puyazos, y corta el resuello á cuatro alimañas, es calificado de sobresaliente!...

Realmente, es hermoso, varonil y de fuerte impresión artística, el contraste que resulta de la lidia de un toro que reuna condiciones especiales de bravura y nobleza. De una parte, la vertiginosa carrera con que atraviesa el anchuroso Circo, bramando de coraje; el terrible resoplido con que barre la arena; la indómita pujanza con que acomete y la espantosa fiereza con que se ceba; de otra, la serena tranquilidad del lidiador interponiendo una débil barrera de percal entre su cuerpo y el astado bruto, cuyos cuernos, llevando la muerte en cada punta, resbalan por los pliegues de la capa, probando en el engaño su nobleza... Y esto, repetido una y otra vez,

sin que cedan, del toro la bravura
y del torero el arte y gallardía...

Generalmente, cuanto más brava una res de lidia, más noble. Es quizá la única fiera cuyos instintos sanguinarios puedan contrarrestarse sin emplear la fuerza, la violencia ó la asechanza. Por eso, en este pueblo noble y valiente, el toro bravo es casi una institución; y en los anales del toreo se registran, no uno ni dos, sino varios y frecuentes casos como el que reproduce el dibujo de Daniel Perea (tan hermoso como el asunto que representa), en que después de probar un toro su bravura, sembrando el redondel de caballos muertos, acuda con nobleza á todas las suertes y entusiasme á los espectadores, hasta el punto de pedir la libertad del arrogante animal, que obtiene, volviendo entre los cabestros, á los feraces prados que alimentaron tan selecta raza.

Recuérdese entre los de esta índole al famoso *Jaquetón*, lidiado en Madrid hace algunos años, que al echarse en la arena, extenuado por la rabia y el cansancio, ya había gritado el público, aplaudiendo frenéticamente:

—*¡Perdonado por bravo!*

MARIANO DEL TODO Y HERRERO.

Notas sueltas.

La semana no ha dado de sí más que la corrida final de Murcia, que ya tuve el honor de anunciar á ustedes en el número anterior, y en la cual quedaron muy superiormente los diestros, según la invariable versión del telégrafo, y la novillada verificada en Madrid el 17 de los corrientes.

En ésta se soltaron seis reses de la ganadería de Sánchez, por partida doble: quiero decir de Dª Carlota Sánchez, viuda de Sánchez (Tabernero), las cuales pertenecían todas á la distinguida clase de *moruchos*, y de las que foguearon dos: una por derecho propio y otra por *miopía cerebral* del Presidente. Toparon á los que se pusieron delante de ellas, se acordaron con frecuencia de la dehesa, y aquí paz y después gloria.

Pepe-Hillo II dirigió bien la muerte del cuarto, que se convirtió en jumento de noria, tomando la vuelta en sentido contrario, aprovechando el momento en que al aviso de un capote se desvió un poco de las tablas para soltarle un bajonazo merecido. En lo demás, no vimos nada de particular. ¡Ni una larga siquiera! Bien es verdad que el ganado era corto... de vista.

Francisco Carrillo, que era el segundo espada, toreó muy bien de muleta á sus dos toros, y manejó también la capa con bastante acierto. Hiriendo no estuvo tan afortunado como otras veces; y la que citó á recibir no resultó, porque estableció una distancia muy considerable entre el toro y él.

El joven Padilla nos tuvo toda la tarde con el alma en un hilo. Durante la muerte de su primer morucho, fué cogido y derribado dos veces; al querer cambiar á otro, se repitió la función; entró en la enfermería, volvió á salir, dió una buena estocada al último, y nos convencimos de que es el torero de las vacilaciones y de las dudas.

Los tres matadores banderillearon con cortas al quinto, lo mismo que podían haber banderilleado á cualquiera de los leones del Congreso.

Nada digo de los jinetes; y de los peones, que los que acostumbramos á profundizar algo, vimos al Sordo una faena *sorda*, que quitó á su matador muchos más revolcones de los que llevó; bregar bien al Torerito; saltar la garrocha y enmendarse con vista en un quiebro que intentó de rodillas, al valenciano Pepín, y hacer la competencia á Chistavin al Llaverito, que en cuanto pisa el redondel, se ve acometido del *delirium tremens*, y no para un momento ni deja parar á los demás.

Al dichoso *Llaverito*,
por más que haya quien lo alabe,
si no se calma un poquito,
va á haber que echarle la llave ..

La entrada así, así, y el Presidente ¡qué horror!

Para la próxima novillada, la Empresa ha acortado la ración y pretendía *levantar un muerto*.

Los toros de puntas quedan reducidos á cuatro del Sr. Navarro, que posee hoy el residuo vergonzante de la ganadería que fué de Salas, siendo los encargados de estoquearlos Francisco Carrillo y Joaquín Hernández (Parrao).

El *muerto* á que me refería, son los novillos embolados que intentaban soltar para solaz y *espampanamiento* de *primos* y *curdas*. Intento que no prosperó más que en los carteles fijados el viernes, desapareciendo en los del sábado.

DON CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27. Madrid.